

LIBROS

Una voz del pasado

Hace unos años, para la mayor parte de los lectores interesados en la evolución de la prosa narrativa moderna en lengua castellana, Ramón J. Sender era algo así como una leyenda. La publicación de sus obras en España, sus más bien desafortunados retornos, lo han ido desdibujando ante los que un día fueron sus potenciales admiradores. En España hemos conocido antes al autor de libros tan malos como "La tesis de Nancy", "El bandido adolescente" o "Jubileo en el zócalo", que el autor de "Siete domingos rojos", "Mr. Witt, en el Cantón" o "Imán", que es el que muy posiblemente ocupará un lugar de honor en la literatura española de este siglo. La guerra civil y sus secuelas produjo esta distorsión, como ha producido otras. Lo que singulariza el caso de Sender es que posiblemente sea la obra de su decadencia —es decir, la de la mayor parte del exilio—, la más conocida por un público poco exigente, pero pronto a dejarse envolver por la hábil retórica y los discursos esotéricos del escritor aragonés. El otro público, el que creyó en Sender casi como si hiciera un acto de fe, nos tememos que lo ha abandonado, decepcionado, marginando así a uno de los escasos grandes narradores españoles contemporáneos.

Ahora, después de que casi toda la obra de Sender circula libremente en nuestro país, aparece "Imán" (Destino, Barcelona, 1976), alucinante relato que tiene como fondo —e incluso como protagonista— la vasta catástrofe del ejército colonial español, arrollado, allá en 1921, por las tropas de Abd-el-Krim. Publicado por vez primera en 1930 por la Editorial Cénit, "Imán" ha sido un libro maldito. La veracidad de su testimonio, la escueta fuerza de su descripción de la vida militar en el Marruecos insurrecto, no podía gustar en las esferas oficiales y oficiosas. Curiosamente, culti-

vando una vez más todo ese equívoco que rodea la figura y la literatura de Sender, se ha hablado de su excelente novela corta "Réquiem por un campesino español" como de su obra más conflictiva. Lo cual, indudablemente, es inexacto. "Imán" apenas tiene una trama novelesca que envuelva sus descripciones. Al contrario que el "Réquiem...", es una crónica donde la manipulación artística se detiene en el borde mismo de la ficción para no alterar la historicidad de unos hechos todavía vivos en algunos sectores de nuestra conciencia colectiva.

Precisamente ese carácter do-



Ramón J. Sender.

cuental es lo que no le ha gustado a una buena parte de la crítica. En una reciente —y en tantos conceptos estimable— "Historia de la literatura española", como la publicada por Ariel, realizada por un grupo de notables especialistas británicos, "Imán" ni siquiera figura, pese a que Sender merece al autor del tomo correspondiente, G. G. Brown, cuatro páginas densas y apretadas. Consuélese el lector, sin embargo, pensando que en la citada obra ni siquiera se habla de Corpus Barga, Eduardo Blanco-Amor o Rafael Dieste. Los historiadores de la literatura suelen tener criterios muy peculiares sobre lo vivo y lo muerto

en literatura. Y así, "Imán" padece por no ser quizá una novela ortodoxa, sino un fascinante reportaje cuyo personaje central, Viance, es el arquetipo del soldado colonial español: inútilmente valeroso, luchando por una causa con la que no tiene nada en común, un pobre campesino con las raíces cortadas, embrutecido por una vida sin objetivos. Viance representa la amorfa conciencia popular en la que de cuando en cuando fulgura una llama de rebelión, pero que termina plegándose, sin apenas protestas, a quienes siempre han embarcado al país en guerras inverosímiles, en absurdas empresas imperialistas por cuenta ajena. La veracidad histórica del arquetipo Viance está ejemplificada en la incapacidad de la izquierda española de entonces de articular una estrategia anticolonialista (léanse al respecto, y por vía de ilustración, las crónicas y los artículos de Indalecio Prieto, escritos a raíz del derrumbamiento de la comandancia militar de Melilla; o los recuerdos de Arturo Barea, socialista y sargento en Africa, tal y como aparecen en "La ruta"). Asunto espinoso éste y que empieza a ser estudiado ahora.

Viance, el "Imán" que atrae a su vida todas las desgracias, no protesta: pelea o huye ciegamente. A veces en su fantástica huida asoma una comprensión de la fundamental solidaridad social y política que debería unirle a aquellos contra quienes combate. Pero es sólo un momento. Cuando trata de volver a su pueblo, Viance arrebatada a un cadáver una medalla sin valor para hacer creer a sus paisanos que se le han agradecido sus servicios. Pero no es así, él es un paria, y unos cuantos golfos le arrebatan su condecoración, que termina adornando los pechos de una triste cupletista que trata de animar a un público vociferante y embrutecido. Después de sus años alucinados en Marruecos, Viance ya no tiene oficio ni destino: es uno de esos miserables que, desde Flandes acá, la triste historia de nuestro pueblo arroja a combatir, sin fe y sin esperanza, bajo banderas equivocadas.

En ninguna otra obra la prosa de Sender ha alcanzado una justeza semejante. "Imán" está escrito en una prosa enjuta, nervuda, expresiva. Por una vez, Sender —como todo buen escri-

tor en sus grandes momentos— ha sabido amoldar su lenguaje a un tema, a unas ideas, sin que haya fallas ni artificios. "Imán" es un ejemplo impar de realismo directo, de relato que surge ante nosotros como una cosa viva y palpante. La sobria precisión del estilo rehúye toda gesticulación tremendista: los soldados sedientos beben sus propios orines, los cadáveres de los combatientes se pudren lentamente ante sus compañeros, un soldado en fuga aplasta con sus botas el pecho de un niño. Sender ha visto lo que cuenta, y se nota. Su estilo tiene la poderosa, la orgánica verdad del de un Bernal Díaz del Castillo. "Imán" es, sin lugar a dudas, una obra maestra, un momento irreplicable en la historia de la prosa narrativa de lengua castellana. ■ JAVIER ALFAYA.

"Nueva poesía 1"

José Ramón Ripoll, Rafael de Cózar, Jesús Fernández Palacios y Antonio Hernández son los cuatro poetas recogidos en el libro "Nueva poesía 1", dedicado a Cádiz. El también gaditano y poeta Carlos Edmundo de Ory ha puesto la introducción al libro, introducción que es a la vez recreación de la historia gaditana y narración de su conocimiento con los poetas. Los tres primeros se agruparon en su día en torno a Marejada, con el periodista Fernando Samaniego. Después, el grupo se disolvería y sus miembros seguirían caminos diversos. Ripoll, por ejemplo, es compositor y trabaja en las tendencias renovadoras de la música actual; Cózar marchó a la Universidad de Sevilla (es especialista en lengua inglesa) y publicó un libro sobre el tiempo en Machado; Fernández Palacios continúa en Cádiz y es uno de los fundadores del pujante Centro de Cultura Popular Andaluza (ver número 691), que cuenta ya con centros no sólo en Cádiz-capital, sino en varios pueblos de la provincia, como Trebujena, Villamartín, Rota, San Fernando, Jerez, Ubrique y Puerto de Santa María. El cuarto poeta, Antonio Hernández, fue Premio Adonais por su libro "El mar es una tarde con campanas"; ha publicado también otro libro de poemas: "Oveja negra".